

Acontecimiento de Cristo, Dios entra en la historia

José Miguel García Pérez

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN El término que mejor define qué es el cristianismo es “acontecimiento”. Frente a la reducción moralista o intelectual este término subraya que estamos ante un hecho imprevisible, no consecuencia de causas antecedentes, una novedad sorprendente e inesperada que entra en la vida. Por su excepcionalidad suscita un asombro, una fascinación, e introduce en la vida del que lo acoge un cambio radical en la propia humanidad. El acontecimiento cristiano es lo divino presente en la carne. Así fue en sus orígenes y continúa siéndolo en el tiempo presente.

PALABRAS CLAVE Cristianismo, acontecimiento, testigo, encuentro.

SUMMARY *The word “happening” perhaps best defines Christianity. Unlike moralistic or intellectual reductionisms, a “happening” underscores an unforeseeable event not the result of prior causes; a surprising and unexpected newness entering into life. Its exceptional nature provokes amazement for the person accepting it, a fascination that causes a radical change in his or her life. The Christian “happening” is the Divine becoming present in our flesh. That is what happened in the origins of Christianity and continues to happen today.*

KEYWORDS *Christianity, Happening, Witness, Encounter.*

Benedicto XVI publicó su primera encíclica, *Deus Caritas est*, en diciembre del 2005, su primer año de pontificado. En su introducción, encontramos estas provocadoras palabras que se han repetido en muchas ocasiones, sobre todo cuando se aborda la cuestión de qué es el cristianismo y cómo una persona llega a ser cristiano, y sobre las que queremos reflexionar en este artículo: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. La importancia de

esta afirmación ha sido subrayada por el Papa Francisco, que la retoma en el n.7 de su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. Con estas palabras, Benedicto XVI identifica cuál es el origen de la fe cristiana en la persona que se adhiere al anuncio cristiano: un acontecimiento. En efecto, ninguno comienza a ser cristiano por una decisión moral, una reflexión, un conocimiento teórico o por practicar ciertos ritos, sino por el encuentro con una Persona que tiene la potencia de desvelar el sentido de la vida humana, que da una orientación decisiva a la existencia. Algunos años antes de la publicación de la *Deus Caritas est*, Juan Pablo II había afirmado que

el cristianismo, antes de ser un conjunto de doctrinas o de reglas para la salvación es el acontecimiento de un encuentro [...] La fe aparece de este modo como una auténtica aventura del conocimiento, puesto que no es un discurso abstracto, ni un vago sentimiento religioso, sino un encuentro personal con Cristo, que da a la vida un sentido nuevo¹

A pesar de que a veces se reduzca el cristianismo a un discurso que se transmite y que las personas inteligentes pueden captar y profundizar, o que se identifique con una moral que el hombre voluntarista puede practicar, el cristianismo consiste en el encuentro con la persona de Jesús de Nazaret. Las palabras de los últimos Papas, pues, además de salir al paso de algunas reducciones del cristianismo, subrayan la necesidad de toparse con la presencia de Cristo para poder ser cristiano hoy.

Abordamos, por tanto, la cuestión esencial del cristianismo: el acontecimiento de que Dios se ha hecho hombre en Jesús de Nazaret, que padeció su pasión bajo el prefecto romano de Judea, Poncio Pilato, murió en una cruz y resucitó de entre los muertos en los albores del primer día de la semana. Jesucristo, pues, no es un personaje histórico del pasado, sino sigue vivo y presente en la historia. También en nuestra época, que viene descrita como la más alejada del cristianismo; al menos en la Europa occidental. Son bien conocidos de todos los estudios sociológicos o los análisis que desde hace años insisten en el secularismo, en el abandono y la pérdida de la fe de esta

1 Carta enviada por Juan Pablo II a D. Luigi Giussani con ocasión del 20 aniversario del reconocimiento de *Comunión y Liberación* como Asociación de fieles de derecho pontificio por parte del Pontificio Consejo para los Laicos (11 de febrero del 2002).

sociedad europea, de la que formamos parte. Parecería, pues, que abordamos un tema sin interés ni incidencia para los hombres de nuestro tiempo, al menos de aquellos que viven en la Europa posmoderna. Y sin embargo, volver a mirar la naturaleza del cristianismo es fundamental para poder llevar a cabo la tarea a la que con insistencia nos invita el papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*: una Iglesia en salida, al encuentro de todos los hombres. Todo debe estar al servicio de la misión: “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación” (n.27).

I. ¿QUÉ HA SUCEDIDO?

En el año 2010, durante su viaje a Fátima, Benedicto XVI pronunció un discurso delante de la Conferencia Episcopal Portuguesa el 13 de mayo; en él reconocía el alejamiento de la sociedad actual de la fe cristiana, su indiferencia o falta de interés. Dirigiéndose a los que eran los responsables de las comunidades cristianas en el país vecino, insistía que no basta para comunicar el cristianismo hoy la repetición de un discurso o la insistencia en los valores morales:

Cuando en opinión de muchos la fe católica ha dejado de ser patrimonio común de la sociedad, y se la ve a menudo como una semilla acechada y ofuscada por “divinidades” y por los señores de este mundo, será muy difícil que la fe llegue a los corazones mediante simples adquisiciones o moralismos, y menos aún a través de genéricas referencias a los valores cristianos. El llamamiento valiente a los principios en su integridad es esencial e indispensable; no obstante, el mero enunciado del mensaje no llega al fondo del corazón de la persona, no toca su libertad, no cambia la vida. Lo que fascina es sobre todo el encuentro

con personas creyentes que, por su fe, atraen hacia la gracia de Cristo, dando testimonio de Él².

Por tanto, no basta la repetición de ciertas verdades o la enseñanza de ciertos contenidos de la fe cristiana, por necesario que sea, para que acontezca el encuentro con Cristo y se pueda comenzar un camino explícito de fe. Ni la propuesta moralista ni la defensa de los llamados valores cristianos, como tampoco el solo anuncio verbal del mensaje cristiano tienen la fuerza de suscitar el atractivo, que se experimenta ante un testigo que hace presente a Cristo. El Papa Francisco identificaba también el modo propio de la difusión del cristianismo con palabras semejantes: “La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción” (EG 14). Si en épocas pasadas esta situación podía ya percibirse de algún modo, en la era de la imagen y de internet los discursos resultan todavía más aburridos, poco interesantes. Y el reclamo a unos valores, a una moral objetiva, en este tiempo de subjetivismo y relativismo, parece algo inútil y trasnochado. Sirvan como ejemplo estas palabras de Antonio Gramsci a comienzos del siglo pasado:

Todos tienen la vaga intuición de que se equivocan al hacer del catolicismo una norma de vida, tan es verdad que nadie se atiene al catolicismo como norma de vida, aunque se declare católico. Un católico integral, esto es que aplicase en cada acto de su vida las normas católicas, parecería un monstruo, lo cual es, pensándolo bien, la crítica más rigurosa del catolicismo y también la más perentoria³.

Tiene razón Gramsci; sólo habría que aclarar que el cristianismo moralista al que se refiere está bastante lejos del acontecimiento cristiano original.

Quizá la mayor dificultad para llevar a cabo el anhelo del Papa Francisco no esté sólo dentro de la Iglesia con las reducciones citadas de la experiencia cristiana, sino también fuera de ella. Nos referimos a la gran crisis antropológica

2 En la carta de Juan Pablo II citada en la nota precedente se lee también la misma indicación metodológica: “El camino —¡cuántas veces lo ha afirmado Usted!—, es Cristo. Él es el Camino, la Verdad y la Vida, que alcanza a la persona en su existencia cotidiana. El descubrimiento de este camino sucede normalmente gracias a la mediación de otros seres humanos. Marcados por el don de la fe, a raíz del encuentro con el Redentor, los creyentes están llamados a ser un eco del acontecimiento de Cristo, a convertirse ellos mismos en “acontecimiento””.

3 La cita está tomada de M. BORGHESI, *Posmodernidad y cristianismo: ¿Una radical mutación antropológica?* (Madrid 1997) 95.

que vive la sociedad occidental: las personas tienen una confusión enorme sobre su propia naturaleza. Los nuevos derechos, las campañas de género, el movimiento antinatalista, son un buen ejemplo de esta confusión. Es verdad que este desconcierto está favorecido por la distracción y evasión sistemática a través de los potentes medios técnicos. En cualquier caso, el resultado es claro: la persona humana está fuera de sí, vive en una inconsciencia, se atrofia su sentido religioso, que se expresa en la búsqueda del sentido de la vida, en su necesidad de hallar una respuesta a las grandes cuestiones de la existencia, en el deseo de alcanzar una plenitud. En definitiva, se atrofia el corazón del hombre y su deseo de Infinito. Pero como la inquietud religiosa no desaparece por completo jamás, el poder de este mundo pretende engañarle mediante ofertas consumistas y de placer rápido. Si a esto se añade una propuesta educativa restringida a mera formación y capacitación para llegar a ser la mano de obra que necesitarán las grandes empresas y multinacionales, no deberíamos extrañarnos encontrar cada vez más personas que no sólo no saben quiénes son, sino que están ausentes de sí mismas y ajenas a la realidad física y concreta, pues viven en un mundo virtual o imaginativo.

Esta desvinculación de la realidad, este encerrarse en un mundo ficticio favorece todavía más la disolución de la persona, pues los factores que constituyen el yo humano no se captan en abstracto, haciendo análisis o reflexiones teóricas sobre él. Por el contrario, se ponen de manifiesto cuando la persona está comprometida con la realidad. Ahora bien, si esta relación está en crisis o es mínimamente existente, la persona no hará un camino de descubrimiento de sí mismo, de crecimiento en su autoconciencia. La relación con la realidad, como señalaba María Zambrano, es el alimento del yo y es justamente este vínculo el que está en crisis en nuestra época: “Lo que está en crisis es este nexo misterioso con la realidad, algo tan profundo y fundamental que es nuestro íntimo sustento”⁴. Esta desconexión de la realidad concreta propicia no sólo la confusión sobre el yo, sino además hace a la persona humana cada vez más inerme, más débil, más incapaz para las relaciones humanas.

La consecuencia inevitable y literalmente trágica de esta confusión en la que se “disuelve” la realidad del yo es, a su vez, la “disolución” del término tú. El hombre de hoy no sabe decir conscientemente

4 M. ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma* (Madrid 1993) 104.

“tú” a nadie. Esa es la raíz última y aparentemente escondida de la violencia y la búsqueda de poder que determinan hoy por lo general las relaciones usuales entre las personas: éstas se basan generalmente en la sistemática reducción del otro a un designio de posesión y de uso, en la ausencia de cualquier clase de estupor o conmoción por la existencia del otro⁵.

La fragilidad e inconsistencia de las relaciones, la brevedad temporal de los vínculos afectivos tiene su raíz profunda en esta ausencia o fuga de la realidad, que favorece la desorientación de la persona.

Ante estas circunstancias que nos tocan vivir de confusión y debilitamiento del yo, ¿qué puede vencer este desconcierto y despertar a la persona? Ante el ambiente cultural favorecido por los potentes medios de comunicación y la escuela que conspira contra la persona, queriendo impedir que llegue a ser consciente de quién es, ¿de dónde partir? Del cristianismo como acontecimiento.

II. EL ACONTECIMIENTO DEL CRISTIANISMO

Acontecimiento es la palabra identificadora del cristianismo. Si consultamos el Diccionario de la Real Academia Española para saber el significado del término leemos lo siguiente: “Hecho o suceso, especialmente cuando reviste cierta importancia”. Este vocablo, definido de este modo tan simple por la RAE, es el preferido de Luigi Giussani para describir la realidad del cristianismo:

El cristianismo es un acontecimiento. No existe otra palabra para indicar su naturaleza: ni la palabra ley, ni las palabras ideología, concepción o proyecto. El cristianismo no es una doctrina religiosa, una lista de leyes morales, un conjunto de ritos. El cristianismo es un hecho, un acontecimiento: todo el resto es consecuencia. La palabra ‘acontecimiento’ es, pues, decisiva. Porque indica el método que Dios ha elegido y utilizado para salvar al hombre. Dios se hizo hombre en el seno de

5 L. GIUSSANI, *El rostro del hombre. Las dimensiones reales de nuestro yo* (Madrid 1996) 9.

una muchacha de quince a diecisiete años que se llamaba María [...] El *modo* con el que Dios ha entrado en relación con nosotros para salvarnos es un *acontecimiento*, no un pensamiento o un sentimiento religioso. Es un hecho acontecido en la historia que revela quién es Dios e indica lo que Dios quiere del hombre, lo que el hombre debe hacer para su relación con Dios⁶.

El cristianismo, por tanto, no se puede reducir a una palabra u obra del hombre, al resultado de una actividad humana, algo que realiza el hombre. Es verdad que tiene lugar en una persona o grupo de personas, pero es un hecho que contiene algo más que la mera apariencia de la fisonomía humana o de la circunstancia en que acontece. En realidad, se puede hablar de verdadero acontecimiento cuando no se identifica como el resultado lógico de causas conocidas. Es decir, se trata de un evento imprevisible.

Intentando describir la ontología del acontecimiento, Giussani echa mano del término “casualidad”, que lo considera sinónimo, pues no es algo que puede ser fabricado o provocado por nosotros; es algo que ocurre de modo imprevisto, sorprendente. Cita en este sentido a Boecio, que define “la casualidad como un efecto superior a la suma de las causas conocidas”. Como el labrador que, arando la tierra, encuentra un tesoro escondido. El hallazgo no se debe al trabajo del agricultor; tampoco fue a realizar su labor en el campo con esa intención. El resultado del hallazgo no se debe ni a su trabajo ni a un cálculo suyo⁷.

Por eso, se puede caracterizar el acontecimiento como el brotar en la experiencia de algo cuyos factores no pueden analizarse en su totalidad, algo que lleva en sí mismo un punto de fuga hacia el Misterio y que mantiene la referencia a una incógnita, de modo que, como acabamos de decir, podríamos llamarlo también ‘casualidad’. Llegados a este punto podemos definir la ontología del acontecimiento como la transparencia de lo real que emerge en la experiencia en cuanto proveniente del Misterio; esto es, de algo que nosotros no podemos

6 L. GIUSSANI – S. ALBERTO – J. PRADES, *Crear huellas en la historia del mundo* (Madrid 1999) 21-22.

7 Cf. A. M. SEVERINO BOECIO, *De consolazione philosophiae*, V, prosa 1,12-19.

poseer ni dominar. En este sentido, podemos añadir que un acontecimiento es por naturaleza propia una novedad⁸.

Si uno lee con atención los evangelios, es esta novedad, totalmente sorprendente e inesperada, lo que se refleja en sus relatos. En el evangelio según san Marcos, por ejemplo, desde los comienzos del ministerio público las gentes que lo oyen hablar o lo ven expulsar demonios y curar enfermos se quedan atónitos: “estaban asombrados de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como los escribas” (Mc 1,22); “Todos se preguntaron estupefactos: ‘¿Qué es esto? Una enseñanza nueva expuesta con autoridad. Incluso manda a los espíritus inmundos y lo obedecen’. Su fama se extendió enseguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea” (1,27-28); “Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo: ‘Nunca hemos visto una cosa igual’” (2,12). Con frecuencia, el evangelista insiste en las multitudes que lo seguían o lo buscaban fascinados (1,37.45; 2,13.15; 3,7-8.20; 4,1; 5,21.24; etc.). Incluso, con ocasión de las dos multiplicaciones de los panes explicita el número de la gente reunida: en la primera ocasión cinco mil hombres (6,44), y cuatro mil en la segunda (8,9). Jesús, su modo de ser y comportarse, de enseñar y obrar es algo de una novedad absoluta, un verdadero acontecimiento. Uno de los primeros rasgos del acontecer de lo imprevisto, de la presencia del acontecimiento es el asombro, la fascinación que suscita, como queda bien testimoniado en los evangelios.

Esta fascinación, esta atención asombrada es la que experimentaron Andrés y Juan cuando siguieron a Jesús después de escuchar las palabras de Juan Bautista (Jn 1,35-39), la que manifiesta Natanael cuando Felipe le llevó ante Jesús (Jn 1,45-49), la que se suscita en la mujer samaritana a causa del diálogo con el profeta judío en el pozo de Sicar (Jn 4,4-26), la que llevó a Zaqueo a subirse al sicomoro (Lc 19,1-10). Este asombro lo experimenta cualquier persona, esté en la condición que esté. Es probable que el jefe de publicanos de Jericó, hombre rico y poderoso, hubiese oído hablar del maestro de Nazaret. Habría escuchado algún relato que ponía de manifiesto no sólo la inteligencia y la agudeza de aquel hombre, sino sobre todo su compasión y misericordia con los necesitados y marginados, capaz de sanar las dolencias físicas y las heridas del alma, comunicador de una fuerza renovadora. Lleno

8 GIUSSANI – ALBERTO - PRADES, *Crear huellas en la historia*, 26.

de curiosidad, al saber que aquel hombre llegaba a su ciudad, salió de casa a su encuentro, como otros muchos. Pero a causa de su baja estatura y de la antipatía de sus conciudadanos que le impedían pasar hacia las primeras filas, no alcanzaba a ver al que venía por el camino. Por eso, adelantándose en el recorrido, se subió a un sicomoro para poder verlo. El gesto de subirse a un árbol, como un niño, es algo anormal, algo contrario a la dignidad de un hombre maduro, pero refleja muy bien la curiosidad atractiva que experimentaba Zaqueo. De hecho, Jesús, cuando llegó junto al árbol, se paró y le invitó a bajar, pues decidió quedarse en su casa.

Es bien conocida la situación de los publicanos en la sociedad judía de la época de Jesús: quienes ejercían un oficio despreciable eran considerados pecadores públicos, incapaces de salvación. La dificultad de la conversión derivaba no de la falta del deseo de un cambio en estas personas, como refleja la conocida parábola del publicano y fariseo (Lc 18,10-14), sino por las condiciones que estaban estipuladas: se requería dejar esa ocupación y reparar todas las injusticias cometidas. De hecho, en la Toseftá se reconoce que “para los recaudadores de impuestos y publicanos la penitencia es difícil” (Tos. BM 8,26). Téngase en cuenta que al recaudar los impuestos tanto directos como indirectos, que no estaban controlados, permitían la extorsión, la estafa. Por ello, eran odiados y rechazados por todos los judíos⁹. Por todo ello, es fácil imaginar el escándalo que debió suponer para los habitantes de Jericó que Jesús decidiera hospedarse en la casa de Zaqueo: “Al ver esto, todos murmuraban diciendo: ‘Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador’” (Lc 19,7). Sin embargo, Jesús había visto en la iniciativa inusual de Zaqueo de subirse al árbol la expresión de un deseo, de una necesidad. Y haciendo un gesto de estima y preferencia entrando en su casa, introdujo la novedad en la vida de aquel publicano. Una novedad que comenzó con el cambio de su modo de mirarse y, por tanto, de relacionarse con los demás. Un cambio que llegará hasta el uso del dinero de un modo diferente a como lo había hecho hasta ahora: “Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituí cuatro veces más” (v.8).

Los evangelios testimonian con claridad cómo algunos hombres se encontraron con Jesús y percibieron en Él una presencia excepcional, hasta el punto de que se adhirieron a Él, lo siguieron. ¿Por qué excepcional? “Habían

9 Cf. J. JEREMÍAS, *Teología del Nuevo Testamento. I, La predicación de Jesús* (Salamanca 1974) 133-148.

encontrado una presencia que correspondía de manera inesperada y evidente al deseo de verdad, belleza y justicia que constituía su humanidad sencilla y carente de presunción”¹⁰. No en todos los relatos evangélicos se detalla cómo sucedió este encuentro. Es más, las veces que lo hacen suele ser más bien parcos. Pero el narrador evangélico, de un modo u otro, transmite la certeza de que esos hombres y mujeres habían encontrado algo excepcional, una novedad sin par, y de cómo aquel encuentro les cambió la vida. En realidad, el acontecimiento no son las circunstancias, sino lo que llega a través de ellas: lo divino en un hombre. Y esto es el cristianismo.

Por ello, como bien insisten los últimos Papas, jamás se puede reducir la fe cristiana a una doctrina o enseñanza que se puede aprender y repetir. Tampoco se puede reducir a algo moral o ético. En los evangelios todo se juega en relación con Jesús. De hecho, el protagonista, la figura central y el motivo por el que se escriben los evangelios es para proclamar quién es Jesús de Nazaret. Por eso Romano Guardini afirmaba en su libro *La esencia del cristianismo*:

El cristianismo no es, en último término, ni una doctrina de la verdad ni una interpretación de la vida. Es esto también, pero nada de ello constituye su esencia nuclear. Su esencia está constituida por Jesús de Nazaret, por su existencia, su obra y su destino concretos; es decir, por una personalidad histórica. Algo semejante, en cierto modo, a lo que con estas palabras quiere decirse lo experimenta todo aquel para el que adquiere significación esencial otra persona. Para él no es ni “la humanidad” ni “lo humano” lo que reviste importancia, sino esta persona concreta. Ella determina todo lo demás, y tanto más profunda y ampliamente cuanto más intensa es la relación. Puede llegarse incluso a que todo, el mundo, el destino y el contenido propio, pasen a través de la persona amada, a que ésta se halle contenida en todo, a que se la vea a través de todo y a que todo reciba de ella su sentido. En la experiencia de un gran amor todo el mundo confluye en relación yo-tú, y todo cuanto acontece se convierte en un episodio dentro de su ámbito¹¹.

10 GIUSSANI, *El rostro del hombre*, 14.

11 R. GUARDINI, *La esencia del cristianismo* (Madrid 1977) 19.

Recientemente la Congregación para la Doctrina de la Fe ha publicado una carta en la que sale al paso de la reducción del cristianismo en dos posiciones que ha denominado neo-pelagianismo y neo-gnosticismo. La primera es definida con estas palabras:

El individuo, radicalmente autónomo, pretende salvarse a sí mismo, sin reconocer que depende, en lo más profundo de su ser, de Dios y de los demás. La salvación es entonces confiada a las fuerzas del individuo, o las estructuras puramente humanas, incapaces de acoger la novedad del Espíritu de Dios¹².

En esta concepción, Cristo es reducido a un modelo que inspira la acción humana, un maestro cuya enseñanza nos es útil para alcanzar la salvación por nuestra fuerza de voluntad. La segunda posición, el neo-gnosticismo, es descrita del modo siguiente:

Presenta una salvación meramente interior, encerrada en el subjetivismo, que consiste en elevarse “con el intelecto hasta los misterios de la divinidad desconocida”. A parte de que la persona de Jesucristo se difumina, en esta propuesta todo se reduce a “una fuerte convicción personal, o un sentimiento intenso, de estar unidos a Dios, pero no llega a asumir, sanar y renovar nuestras relaciones con los demás y con el mundo creado”¹³.

La reducción pelagiana había sido denunciada como una tendencia de la Iglesia actual por Juan Pablo I: “El verdadero drama de esa Iglesia a la que le gusta llamarse moderna es el intento de reducir el asombro del acontecimiento de Cristo a reglas”¹⁴. Si el cristianismo se transmite reduciéndolo a una concepción de cómo la persona humana debe comportarse, a una doctrina moral, a una defensa de ciertos valores y concepciones, lo que se propone es una ideología que no tiene la fuerza de transformar la persona, no genera

12 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Placuit Deo*, a los obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la salvación cristiana (1 de marzo de 2018) 3.

13 *Ibid.*, 2.

14 JUAN PABLO I, *Humilitas* 3 (2001) 10.

una humanidad nueva. Por ello, hay que estar atentos a no proponer la formación como principal medio para generar un sujeto cristiano maduro; por muy necesaria que sea la enseñanza, es insuficiente. Sólo el acontecimiento del encuentro con Cristo en la carne de los testigos tiene la potencia de generar una humanidad nueva, el sujeto cristiano que actúa en el mundo.

En realidad estamos ante el drama de la modernidad: hacer coincidir el cristianismo con unos valores que se pueden vivir separados de la raíz que los genera o una cierta concepción del hombre y de la realidad que se cree evidente por sí misma. Pero, como afirma Guardini:

No hay ninguna doctrina, ninguna estructura fundamental de valores éticos, ninguna actitud religiosa ni ningún orden vital que pueda separarse de la persona de Cristo y del que, después pueda decirse que es cristiano. Lo cristiano es Él mismo, lo que a través de Él llega al hombre y la relación que a través de Él puede mantener el hombre con Dios. Un contenido doctrinal es cristiano en tanto que procede de su boca. La existencia es cristiana en tanto que su movimiento se halla determinado por Él. En todo aquello que pretende presentarse como cristiano, tiene que estar dado o contenido Él. La persona de Jesucristo, en su unicidad histórica y en su gloria eterna es la categoría que determina el ser, el obrar y la doctrina de lo cristiano¹⁵.

III. ¿QUÉ SUCEDE EN EL ENCUENTRO CON EL ACONTECIMIENTO CRISTIANO?

Cuando alguien se encuentra con el acontecimiento cristiano y lo acoge, se introduce en su existencia una Persona que se convierte en el horizonte de su vida. Ese encuentro determina una conciencia nueva, que nace de la mirada que proyecta sobre él el hecho cristiano. Y todas sus acciones y relaciones renacen de esta autoconciencia que el encuentro cristiano genera. Así podemos verlo testimoniado de diferentes modos en los evangelios. Por ejemplo, el centro afectivo de las vidas de los apóstoles fue Cristo, que lo siguieron durante su ministerio público y después de su resurrección dejaron familias,

15 GUARDINI, *La esencia del cristianismo*, 103.

trabajo y patria para llevar la buena noticia hasta los confines del mundo (cf. Mc 3,13-15; 16,15). O Zaqueo, que llegó a valorar más la relación con aquel hombre que había recibido en su casa que toda la riqueza que había adquirido anteriormente o el poder que tenía. Desde entonces, aunque se equivocase o volviese a extorsionar en alguna ocasión, el horizonte de su vida sería aquella presencia y cómo lo había mirado (Lc 19,1-10). De igual modo, la pecadora, que enjuga los pies de Aquel que había perdonado sus pecados, llevó por siempre en sus ojos y en su memoria la experiencia de misericordia con la que había sido agradada (Lc 7,36-50).

Quien contempla y acoge el acontecimiento cristiano con sencillez y lealtad percibe el atractivo, la fascinación que suscita el deseo de volver a encontrar de nuevo esa presencia humana. En los evangelios aparece referido con frecuencia cómo las personas buscaban a Jesús al día siguiente de haberlo encontrado. Así lo detalla Marcos en los comienzos de su ministerio público en Cafarnaúm. En efecto, después de narrar su primera predicación en la sinagoga de dicha ciudad y algunos milagros realizados durante y después de su predicación (expulsión de demonios, curación de la suegra de Pedro y otros enfermos), el evangelista anota que Jesús se retiró a orar en un lugar solitario cuando todavía era de noche. Habiéndolo encontrado Pedro y sus compañeros le comunicaron que todos le buscaban, todos querían volver a verle y oírle de nuevo (Mc 1,21-36). El mismo evangelista vuelve a testimoniar este deseo vivo de la gente volver a encontrar a Jesús después de la misión de los Doce. Jesús les invitó a ir a un lugar solitario para descansar. La gente, al verlos subirse a la barca y adivinando a dónde se dirigían, los siguieron por tierra llegando antes que ellos al sitio, de modo que desembarcando se encontraron con una multitud que esperaba a Jesús (Mc 6,30-34).

En realidad, el acontecimiento cristiano provoca la libertad de todo aquel que lo encuentra, sea para acogerlo o para rechazarlo. Al introducirse una presencia en su cotidianidad, la persona se ve movida a tomar postura ante ella. No se trata de un razonamiento que uno puede compartir o criticar, pero que no cambia a la persona, no la saca de su esquema y comportamiento. El encuentro cristiano se impone con tal realismo y conveniencia que no deja indiferente a ninguno. Quien lo acoge y lo sigue, experimenta en su existencia una alegría y una certeza. Ejemplo de ello son Juan y Andrés, que movidos por la experiencia de plenitud que habían tenido en las horas de convivencia con Jesús después de haberle seguido desde la orilla del Jordán,

sólo encontrar a sus hermanos y amigos comunicaron con certeza que habían encontrado al Mesías; es decir, aquel que las Escrituras habían prometido a lo largo de los siglos como iniciador de unos tiempos de plenitud para Israel (Jn 1,35-42). De igual modo, el cuarto evangelio refiere cómo la samaritana, llena de asombro y gratitud, fue a comunicar a todos su vecinos lo que le había sucedido al encontrar aquel hombre judío junto al pozo (Jn 4,1-42). Por el contrario, el joven rico, que se resistió a dejar entrar en su vida la relación con aquel maestro que había encontrado por estar apegado a sus riquezas, se alejará triste y cabizbajo (Mt 19,16-22).

El acontecimiento cristiano es algo inaferrable, misterioso, que no se acaba de conocer por completo y que, por tanto, no se puede dominar y controlar. Este elemento irreductible se percibe en el modo de concebir y de comportarse de la persona a través de la cual sucede el acontecimiento, pues se aprecia como más correspondiente con lo que el corazón anhela y busca. Los evangelios son un buen testimonio de ello. Los discípulos de Jesús, que le han acompañado a lo largo de meses y años, fueron testigos de hechos prodigiosos, escucharon sus palabras llenas de sabiduría, compartieron con Jesús caminatas, cansancios y conversaciones, observaron con atención su comportamiento, su modo de tratar a las personas y las cosas, pero el misterio de su persona no desapareció jamás. ¡Cuántas veces quedan sorprendidos ante sus decisiones y actos! Basta recordar el relato de la tempestad calmada como ejemplo de este carácter misterioso del acontecimiento. Este suceso está narrado después de varios milagros en los que los discípulos han estado presentes. Quizá por ello, conscientes de ese poder extraordinario que poseía su maestro, recurrieron a él angustiados ante la tempestad que parecía iba a anegarles al llenar de agua sus barcas. Pero realizado el prodigio de calmar la tempestad, dominó en los discípulos el temor que se experimenta siempre ante una realidad misteriosa, inabarcable: “¿Pero quién es este? Hasta el viento y el mar lo obedecen” (Mc 4,41).

Al percibir el bien inmenso que es el acontecimiento, uno no solo quiere adherirse a él, sino que sea definitivo en su vida. De hecho, el acontecimiento reclama ser reconocido, acogido por lo que es. Ello significa que no se puede anteponer nada a lo que está sucediendo; exige ser aceptado con sencillez, así como se presenta. Es más, no sólo no hay que poner ninguna objeción, sino incluso la adhesión implica una total disponibilidad al acontecimiento. De hecho, en los evangelios, Jesús, cuando se desvela en el encuentro, manifiesta

una exigente radicalidad al reclamar la adhesión y el seguimiento a su persona: se pone por encima de los afectos familiares o incluso de la propia vida. En sus palabras no hay otra alternativa: “El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará” (Mt 10,37-39). Es cierto que, como el mismo evangelio señala, la disponibilidad para acoger y seguir sin condiciones el acontecimiento cristiano requiere la sencillez de corazón: “En verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18,3). Es decir, contemplar el acontecimiento cristiano por lo que es, tal como se pone ante nosotros, por lo que introduce en nuestra existencia. Excluyendo a María y a José, quizás el ejemplo evangélico más significativo de esta sencillez, de esta postura leal ante lo sucedido, a pesar de las objeciones y presiones de los poderosos, sea el ciego del nacimiento (Jn 9,1-38). Y en eso consistiría la fe: “Tener la sinceridad de reconocer, la sencillez de aceptar y el afecto para apearse a semejante Presencia: eso es la fe”¹⁶.

IV. EL ENCUENTRO CON JESÚS HOY

Pero, ¿cómo puede ser encontrado hoy Jesús de Nazaret? Ya que Él vivió hace más de dos mil años en Palestina, ¿cómo se puede topar uno con esa Presencia aquí y ahora? O dicho de otro modo, ¿cómo permanece en la historia? Pues sólo si es una presencia real puede influir en la vida de la persona que lo encuentra. Por tanto, debe ser una realidad que se ve, se toca, se oye. De otro modo, será un pensamiento, una imaginación, algo no físico y concreto. Jesucristo ha afirmado al final del evangelio según san Mateo que estará con nosotros hasta el fin del mundo. ¿Dónde? ¿Cómo? Afirma Juan Pablo II: “*La contemporaneidad de Cristo respecto al hombre de cada época se realiza en el cuerpo vivo de la Iglesia*. Por esto el Señor prometió a sus discípulos el Espíritu Santo, que les ‘recordaría’ y les haría comprender sus mandamientos (cf. Jn 14, 26), y, al mismo tiempo, sería el principio fontal de

16 GIUSSANI – ALBERTO – PRADES, *Crear huellas en la historia*, 36.

una vida nueva para el mundo (cf. Jn 3, 5-8; Rm 8, 1-13)¹⁷. L. Giussani insiste en esta contemporaneidad de Cristo hoy a través de la Iglesia:

El acontecimiento de Cristo permanece en la historia a través de la compañía de los creyentes, que es un signo, como una tienda en la que está el *sancta sanctorum*, el Misterio hecho hombre. Este Misterio permanece en la vida de cada hombre y del mundo, personalmente, realmente, a través de la unidad sensiblemente expresada de los cristianos [...] Jesucristo está presente aquí y ahora: Él permanece en la historia por medio de la sucesión ininterrumpida de los hombres que por la acción de su Espíritu le pertenecen como miembros de su Cuerpo, prolongación en el tiempo y en el espacio de su Presencia. El Bautismo es el gesto con el que Cristo muerto y resucitado toma a los hombres que el Padre ha puesto en sus manos y los incorpora a Sí mismo. Ellos se convierten de este modo en parte de su figura, de su personalidad, en miembros de su Cuerpo¹⁸.

Es en la pertenencia a la comunidad eclesial, que Jesucristo genera a través de los sacramentos, como la persona participa de la humanidad de Cristo, viene transformada en una identificación progresiva con Él, de modo que el rostro de Cristo en el mundo hoy son los cristianos. Cristo quedaría lejos y sería, por tanto, víctima de nuestra interpretación si no viviese en la Iglesia viviente. Sin la realidad de la Iglesia, cada uno podría manipularlo como contenido y método; perdería su objetividad por completo. El acontecimiento de Cristo, pues, sigue presente en la historia a través del testimonio de los creyentes. Testimonio que no se reduce sólo a la palabra o el anuncio, sino que se hace presente en una humanidad nueva que se expresa en las circunstancias normales de cada día, en las condiciones cotidianas que la persona cambiada tiene que vivir.

Para hacer ver cómo el acontecimiento cristiano sucede hoy, en la trama de las circunstancias cotidianas quisiera poner un ejemplo. Entre los muchos que podría proponer he elegido la carta de un preso que me envió un amigo estas navidades. El autor de este escrito es un hombre que está en la cárcel por

17 JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Veritatis Splendor* (6 de agosto de 1993) 25.

18 GIUSSANI – ALBERTO – PRADES, *Crear huellas en la historia*, 47-48.

delitos graves, pero reencontró el cristianismo en la prisión gracias a las visitas semanales que un grupo de católicos realizan en esta cárcel con el deseo de acompañar la vida de estos presos. Desde que volvió a encontrar la fe, vive esta experiencia cristiana en la cotidianidad de la prisión. Resulta iluminador caer en la cuenta que para hacerse presente Cristo en el mundo sólo necesita una humanidad que le acoja y le siga; poco importa su temperamento, sus límites e incapacidades o su historia pasada llena de delitos condenados por los tribunales humanos. He aquí su carta:

Queridos amigos,

En Navidad no he podido ir a vuestra casa para estar con vosotros y vivir la Navidad juntos. Ya sabéis el motivo: no me dieron permiso. Sin embargo, a pesar de todo, el haberos visto el día 24 en la Santa Misa en prisión ha sido una liberación, pues quería veros y abrazaros. Dicho esto, estaba bastante triste, pero como dice Gius: "La vida si no fuera triste sería desesperada". Estaba triste porque quería estar con vosotros, y cuando las cosas no salen como deseas, la tristeza te envuelve corazón, especialmente en este momento dificultoso de mi vida. Después de la misa que vivimos juntos, volví a mi celda, y podía hacer dos cosas: o bien elegía vivir en la tristeza, es decir, entristecerme y desesperar y dejar que mi corazón muriera, o bien volver a la vida, estar en mi celda acogiendo la circunstancia que tenía. He elegido vivir, queriendo comprender el motivo de esta contradicción. No tenía respuesta, no entendía dónde estaba el bien en esto que me sucedía. Pero me encontraba en el momento correcto y mi celda era el lugar correcto. Os cuento.

En la sección de semilibres donde me encuentro, algunos muchachos italianos y marroquíes se habían peleado. Había un clima poco agradable. Cuando volví de la misa tomé el *panetone* que Fabio me había regalado y lo corté para invitar a toda la sección (18 personas) a compartir un trozo de *panetone* y a mirarnos a la cara. Quería vivir la Navidad con un simple gesto y que los muchachos que se habían peleado entendieran que lo que habían hecho no tenía sentido. También quería que hicieran las paces entre ellos y no se peleasen más. Invité a todos. Había un silencio increíble, una incomodidad, porque

era la primera vez que las personas que se habían peleado estaban juntas, mirándose cara a cara.

Tomo la palabra, hago algunas bromas y luego cuento un poco de mí, del permiso que no me han dado, de mi deseo de querer estar fuera de la cárcel estos días. Y les digo especialmente lo que es Navidad para mí. Pero no me detengo allí, les pido a todos, cristianos o no, que digan algo sobre la Navidad, qué es la Navidad para cada uno de ellos y qué sentido tiene para ellos, ya que nuestra vida allí no es fácil. Todos expresaron lo que sentía en el corazón, para bien o para mal: tristeza, alegría, soledad, dolor, etc. Pero lo que me sorprendió fue cuando, casi al final, cuando tocaba hablar a un muchacho marroquí (musulmán), tomando la palabra me agradeció la invitación y me dijo: “Sabes, yo no vivo tu Navidad, soy musulmán y tengo mi tradición. Para mí, Cristo es un gran Profeta como todos los demás que han pasado delante de Él. Pero al ver cómo son los cristianos, (a veces peor que nosotros), no quiero creer en nada. Pero hay una cosa que quiero decir. Siempre celebráis los cristianos la Navidad peor que nuestras fiestas, a veces sin entender el por qué, el sentido de lo que hacéis. Decís a vuestros hijos que los regalos los trae Santa Claus y no el Niño Jesús. Les decís a vuestros hijos que solo Papá Noel trae cosas bonitas y no les habláis de la novedad del nacimiento de Jesús. Pero hoy, mirándote, he entendido qué significa la Navidad, he entendido quién es Cristo para ti. Hoy he visto que Cristo es una verdadera esperanza y está presente ahora. Veo en ti y en tu mirada una esperanza que vence todo, incluso nuestras peleas; y tu mirada me da seguridad. Tú tendrías todas las razones del mundo para enojarte ya que no te dieron permiso para pasar las vacaciones fuera de la cárcel. Y por el contrario, estás aquí para llamarnos, para decirnos que todo, incluso nuestro mal y nuestras peleas se pueden vencer a través de la Navidad y que podemos ser más fuerte que antes. Estás aquí para mostrarnos que esta Navidad es una esperanza sin fin. Hoy he entendido que Cristo está realmente vivo para ti y que no crees en un cuento, aunque sea hermoso y fascinante, sino en una presencia viva porque no tienes miedo a nada, vences incluso cuando las cosas no van como tú quisieras”.

Nunca me hubiera imaginado una cosa semejante: justo cuando estaba realmente triste, el acontecimiento estaba sucediendo ante mí. He visto

la presencia de Cristo, en alguien que ni siquiera tiene mi religión. Él viene e interviene donde es impensable para nosotros... ¡Este es el acontecimiento real, no lo que yo tengo en mi mente! Es cierto que Él tiene un designio que no es nuestro, pero nuestra libertad tiene que adherirse, pues Él nunca se impone a nuestra libertad.

Podría quedarme allí, doblado por mi tristeza, tal vez en mi cama leyendo alguno de los libros de Gius, podía moverme e ir al gimnasio. En cambio moverme para encontrar a las personas que tenía junto a mí ha valido la pena. ¡Me he movido y conmovido implicándome con la realidad y con el presente! Con lo que ha sucedido, he comprendido que todo es bien para mí, porque otro veía esperanza en mí, otro veía en mi mirada a Cristo, justo cuando pensaba que Cristo ni siquiera se había acordado de mi deseo de tener el permiso.

28.12.2017

En este testimonio lo llamativo no sólo son las palabras del musulmán, sino la forma distinta de actuar del preso cristiano, pues en lugar de quedarse encerrado en su dolor o reaccionar violentamente, acoge la circunstancia sin revelarse. Hay en él una humanidad distinta, que nace de su pertenencia eclesial, de su adhesión a Cristo presente en la compañía de sus amigos. Es esta pertenencia la que le ha posibilitado afrontar la frustración de un modo diferente. En su modo de actuar, por tanto, ya está aconteciendo Cristo, aunque él mismo, al principio, no sea totalmente consciente. Es su compañero musulmán quien le permite caer en la cuenta de que Cristo acontece en su carne cambiándolo, pues identifica explícitamente el motivo por el que no se ha enfadado a pesar de no haber obtenido el permiso para celebrar la Navidad fuera de la cárcel, e incluso ha percibido en él una esperanza que vence todo, hasta las peleas y la enemistad en las que viven los presos. Es un hecho tan objetivo, tan real que el otro que está sentado junto a él lo reconoce. Es, pues, este hombre diferente, nuevo quien prolonga en la historia la humanidad de Jesucristo, quien propicia el encuentro con él.

Cristo, pues, se hace presente hoy a través de una carne en la banalidad del cotidiano y se revela como alguien significativo para la vida de los hombres.

El acontecimiento cristiano tiene la forma del encuentro con una realidad física, corporal, hecha de espacio y tiempo, en la que está presente

Dios hecho hombre y que es signo de Él. Es el encuentro con una realidad presente, viviente, integralmente humana, cuyo significado exhaustivo radica en que es signo visible de la presencia de Cristo, de Dios-hecho-hombre. De modo que el encuentro consiste en que nos topamos con una realidad sagrada, con la manifestación del acontecimiento del Misterio presente dentro de la precariedad de un rostro humano¹⁹.

Cristo se hace presente aquí y ahora en una humanidad distinta, generada por Él. Una humanidad diferente que se percibe como más correspondiente con el deseo del corazón, con lo que uno espera, aunque sea confusamente.

No hay otra dinámica que la de la encarnación, que es la elegida por el Misterio para entrar en la historia y darse a conocer a los hombres. No ha elegido decir teóricamente quién es, expresarse en un discurso o explicación teórica, sino que ha querido ser encontrado físicamente al asumir la carne humana en Jesús de Nazaret. Y hoy esta modalidad continúa al haber elegido permanecer en la historia a través de la Iglesia, de cada creyente que Él hace suyo en el bautismo y va transformándolo por su gracia acogida por la libertad del creyente. Por tanto, es a través del encuentro con esta humanidad cambiada, que es sensible, experimentable, como el acontecimiento cristiano, es decir, lo divino en la carne, se hace presente hoy en el mundo.

19 GIUSSANI – ALBERTO – PRADES, *Crear huellas en la historia*, 32.